

¿Quién protege nuestra infancia?*

*Silvia Schmelkes**

HOY NOS TOCA PRESENTAR un libro doloroso, que devela y denuncia una realidad que tiene la característica de mantenerse oculta. Nos habla de la infancia vulnerable de México. La describe, la dimensiona, la caracteriza. Describe cómo se violan sus derechos. Explica cómo se da la explotación. Profundiza en las causas locales, nacionales e internacionales del fenómeno. Indica lo que se ha hecho por tratar de evitar el problema, o mejor dicho, de disminuir sus efectos negativos.

Es doloroso porque se trata de nuestra niñez, es decir, de nuestro futuro. Aquí se retrata la realidad cotidiana de los jornaleros agrícolas migrantes, de los niños y niñas indígenas que viven en situación de hostigamiento o desplazamiento, de los niños y niñas urbanos, cuyos padres y madres trabajan y no tienen acceso a servicios de cuidado y educativos suficientes y de calidad. El libro permite ver con claridad cómo estas realidades limitan desde ahora las oportunidades de vida de estos niños en el futuro.

Este libro genera en el lector —o al menos en mí lo hizo— una sensación muy clara de impotencia ante una problemática cuya complejidad, la serie de artículos aquí incluidos, se encarga de dibujar, cuyas causas son múltiples y poderosas, ante la cual las soluciones aparecen lejanas y difíciles. Genera también incredulidad por lo poco y tarde que estamos reaccionando como país, incluso al reconocimiento de que el problema existe. Genera desesperación por la ausencia de instrumentos jurídicos efectivos

* Comentarios al libro de Norma del Río (coord.) *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Unicef, 2001, durante su presentación en el Museo del Papalote, octubre de 2001.

** Coordinadora general de educación inter-cultural bilingüe: Secretaría de Educación Pública.

para evitar la explotación y violación de los derechos de los niños, así como por la pobreza de las políticas públicas orientadas, no ya a enfrentar de lleno el problema, sino al menos a mitigar sus consecuencias.

Por otra parte, qué bueno que esta problemática que, a pesar de su evidente gravedad resulte tan desconocida para tantos mexicanos, se revele, se analice, se descubra, se denuncie, a través del trabajo riguroso y comprometido de los investigadores participantes en esta obra que coordina Norma del Río. Cada uno de los artículos aquí contenidos es un llamado, casi diríamos un grito, a extender el compromiso evidente de los autores a quienes hoy nos escuchan y a quienes a partir de hoy puedan leer este libro.

Se trata de un llamado realista. Como ya señalaba, no existen soluciones fáciles. No se puede enfrentar el problema con medidas unisectoriales. Parece difícil avanzar en la atención de estos niños y niñas sin la participación de los diversos actores involucrados, cuyos intereses son, en muchos casos, encontrados. Pero lo que sí es evidente es que urge diseñar políticas articuladas, de mediano plazo y de amplio espectro, para de manera inteligente, pero definitiva, combatir las causas de la explotación infantil, de la violación de sus derechos, y de la cancelación de su niñez y de su futuro. Mientras esto no ocurra, este problema, que ahora ya es visible, no puede más que pesar en las conciencias de cada uno de nosotros y en la conciencia colectiva de los mexicanos.

Voy a limitar el resto de mis comentarios a la problemática relativa a los niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes, a los que se destinan cinco de los nueve artículos contenidos en este libro. Su realidad, gracias a estas cinco visiones, se dibuja con especial nitidez, si bien aún existen claras lagunas de información y conocimiento.

La problemática

Voy a intentar resumir la problemática de los jornaleros agrícolas migrantes que se describe en este libro. Quiero anticipar, sin embargo, que la realidad es mucho más compleja que la que aquí señalo. Cada aspecto que menciono tiene sus subdivisiones y sus segmentaciones. Desde la descripción de los jornaleros que vienen de Oaxaca y Guerrero a los campos

del norte. No todos los jornaleros son pendulares (aunque sí la mayoría). No todos van a los estados del norte (aunque nuevamente, también la mayoría, pero las condiciones de los migrantes a los estados del centro del país son distintas). No todos viajan con la familia. Y así sucesivamente. Tómese lo que sigue, por tanto, sólo como una invitación a leer el libro para conocer la verdadera complejidad del fenómeno señalado.

Imagínense ustedes una problemática de explotación y trabajo infantil que afecta a 1.2 millones de menores de edad. La mayor parte de ellos viajan con sus familias de las regiones pobres y fundamentalmente indígenas de Guerrero y Oaxaca, después de las fiestas de muertos, a los campos de agricultura de exportación sobre todo del noroeste del país, a trabajar en la cosecha. La mayor parte son “enganchados” por personas contratadas por los empresarios y transportados en condiciones precarias a su lugar de destino. Al llegar al norte del país, permanecen en el campamento mientras se requiera su mano de obra — tiempo variable e impredecible. Cuando se termina la cosecha, viajan a otro campamento del mismo estado o de otro estado. Si se sigue requiriendo su trabajo, permanecen en el norte hasta alrededor del mes de mayo, cuando termina el ciclo agrícola otoño-invierno en estos campos.

En los campamentos generalmente habitan en amplios galerones, sin privacidad, hacinados, con escasos servicios sanitarios. En la mayoría de los casos, cuando es posible, toda la familia se va al campo a trabajar. Puesto que los empresarios pagan a destajo, entre más gente trabaje más gana la familia. A los niños pequeños, menores de cinco o seis años, se les deja en las orillas de los campos, a la intemperie, en el suelo, en contacto con tierras fumigadas, al cuidado de niños un poco mayores que ellos. La jornada de trabajo es de 7am a 6 pm, con una hora de descanso para comer — comida que ellos mismos deben llevar— y en muchas ocasiones sin acceso a agua potable o incluso a agua no potable para lavarse las manos. Niños y adultos se encuentran expuestos a deshidratación, insolación, enfermedades gastrointestinales, picaduras de insectos, inhalación y contacto con pesticidas y fungicidas, quemaduras por agroquímicos, accidentes con las herramientas de trabajo. Obviamente, los niños y las niñas son mucho más susceptibles que los adultos a estas enfermedades y accidentes. No cuentan con seguridad social y los servicios médicos son insuficientes y deficientes. ¿Inglaterra en los albo-

res de la Revolución Industrial? No, México posrevolucionario en los albores del siglo XXI. ¿Casos excepcionales? No, 1.2 millones de menores, el equivalente a la población infantil de Bélgica.

Al regresar de los campos —después de un viaje de duración variable, dependiendo del campo en el que les toque trabajar—, y en algunos casos (cuando el empresario en cuestión lo permite —es su propiedad privada—), los niños y las niñas pueden asistir a la escuela preescolar o primaria (a las 7 de la noche), durante una o dos horas, en aulas improvisadas y desde luego inadecuadas para el estudio. Existe un programa experimental diseñado por la SEP que parte de las difíciles condiciones de los migrantes y les ofrece una educación pertinente (basada en su realidad), con enfoque intercultural (respeto a su lengua y a su cultura) y flexible (modular). Este modelo de atención se describe ampliamente en el artículo de Marcela Ramírez. En otros campamentos los atiende CONAFE, quien también ha diseñado una estrategia de atención para niños migrantes. En ambos casos, estos programas atienden a niños de primer grado de primaria, pero debido a las dificultades de asistir a la escuela y, sobre todo, de concluir grados escolares completos, es en estos grados donde se concentra la mayor parte de los alumnos entre los seis y los 14 años.

No es sencillo para los maestros atender a estos niños. Llegan cansados y con hambre. Asisten irregularmente. Son muy heterogéneos: en lengua y en cultura así como en edades y en experiencias escolares previas. Están con ellos entre dos semanas y dos meses y luego se van. O llegan a la escuela procedentes de otro campo donde pudieron o no haber asistido a la escuela, y es necesario ubicarlos en un nivel adecuado a sus conocimientos previos.

Estos niños y niñas, en el mes de mayo, regresan a sus comunidades. Las escuelas los aceptan, pero no les reconocen sus avances. Y en un mes o dos, las escuelas en sus comunidades cierran sus puertas por vacaciones. Se inscriben nuevamente en el mes de agosto, pero al pasar de dos meses emigran de nuevo. El proyecto experimental de la SEP opera también en algunas comunidades de origen. En este caso, la escuela los atiende en el periodo vacacional y les reconoce el trabajo previamente realizado en los campos, si es que tuvieron acceso a la escuela.

Pero de los cerca de 400 mil niños de entre seis y catorce años, la SEP está atendiendo a 47 mil. El Conafe atiende a alrededor de doce mil

500. Estamos hablando de un derecho básico —el derecho a la educación— que está siendo violado porque no hemos podido atender educativamente a estos niños.

Las causas. ¿Dónde están los culpables?

Son muchos. Somos todos. Desde luego está el fenómeno de la globalización. México ha encontrado un nicho de mercado de su agricultura de exportación en Estados Unidos y Europa. Empresas transnacionales, como las del tabaco, han descubierto en México un país con mano de obra flexible y barata, y una legislación laxa en materia medioambiental y laboral. Qué mejor que contar con una mano de obra que paga parte del costo de su reproducción durante los meses que viven en sus comunidades de origen. Qué mejor que una mano de obra que permita recurrir intermitentemente al trabajo femenino e infantil según sus requerimientos. Qué mejor que una reserva de mano de obra que presiona a la baja los salarios agrícolas. Por su parte, México ha abandonado una política agrícola de subsistencia alimentaria que permitía al menos asegurar la reproducción de una parte importante de la población rural, a cambio de nuestra inserción en los mercados globales.

Está también la legislación mexicana y su política social. Como lo indica claramente Norma Barreiro en su artículo sobre las concepciones del trabajo infantil, no es sino hasta hace media década que México comienza a reconocer que tiene un fenómeno masivo de trabajo infantil. La legislación no está hecha para combatir este fenómeno porque se centra en las relaciones formales de trabajo, cuando es en la informalidad —y muchas veces en la semiclandestinidad— donde éste adquiere sus formas más crudas. En parte como consecuencia de esta visión fragmentaria del fenómeno de trabajo infantil que se mantuvo hasta hace muy poco, la política social destinada a este sector poblacional es también muy precaria. Los avances más significativos se han realizado, precisamente, en los últimos diez años. Pero las deficiencias en la cobertura de servicios de salud y de educación para esta población quedan plasmados en la descripción que acabo de hacer, que sólo resume, pálidamente, lo que nos relata este libro. Es necesario señalar que ni siquiera sabemos

bien a bien cuántos jornaleros agrícolas migrantes hay, ni cuántos de ellos son niños. En el mismo libro que hoy comentamos existen enormes disparidades en las cifras manejadas: desde un millón (en el artículo de Sánchez Saldaña) hasta 3.6 millones en la introducción escrita por Isabel Macchia. México no ha podido, o no ha querido, reconocer la magnitud de este problema y, por lo mismo, su responsabilidad social frente a su existencia.

Los productores tienen sin duda una parte importante de culpa. El artículo de Cos es claro en señalar la diferencia en el estado de los niños en los campamentos agrícolas cuando éstos pertenecen a empresarios con cierto mayor sentido de responsabilidad social. La lógica del capital y de la ganancia, sin embargo, siempre prevalecerá sobre la del bienestar físico y social de los trabajadores.

Obviamente, todos hemos sido parte del problema: porque lo hemos ignorado, porque no hemos sido capaces de asumir la voz de los sin voz; porque no hemos contribuido con creatividad en la propuesta de soluciones, porque hemos sido incapaces de presionar a nuestras autoridades para que enfrenten con calidad e inteligencia el fenómeno.

Por lo anterior, titulé estos comentarios: ¿quién protege a nuestros niños? Y la respuesta es: a éstos, sólo sus propias familias y las redes de parentesco y paisanaje que se van generando al interior de los campamentos y que contrarrestan, débil y precariamente, las sórdidas condiciones de su vida y su trabajo cotidiano.

¿Y la solución?

Esto es lo difícil. Ya comentaba sobre la complejidad del problema y de su solución.

Ante el derrumbe del agro mexicano, destinado a la agricultura de subsistencia, esta población de 3.6 millones de habitantes no tendría posibilidades de sobrevivir de no ser por su semiproletarización o proletarización definitiva. El trabajo infantil representa alrededor de una tercera parte del ingreso de estas familias. La prohibición o abolición del trabajo infantil (que, por cierto, más que de la aplicación de la legislación mexicana procedería de las cláusulas contrarias al trabajo infantil de

los tratados internacionales) ocasionaría el mayor empobrecimiento de este sector o, lo que es más probable, el clandestinaje y el mercado negro de fuerza de trabajo, con lo que esta realidad se haría cada vez más oculta y, por lo mismo, seguramente más explotadora y violadora de los derechos.

Pero esta situación sí tiene solución. Es necesario abandonar nuestro derrotismo; asumir posturas más articuladas e integrales, destinar mayores recursos a la atención de estos sectores, buscar la participación de los sectores público, privado y no gubernamental; plantearnos objetivos graduales en una propuesta de mediano plazo, diseñar políticas sociales y económicas que contrarresten los efectos de la regulación de los mercados...

Quizás el efecto más negativo de la globalización sea que nos conduzca a asumir la singularización de su modelo como inevitable, que nos conduce al “ni modo, así son las cosas”. Es evidente que las cosas no tienen que ser así. Es más, no pueden seguir siendo así. México es capaz de crear formas más humanas de construir su futuro.